

CRÍTICAS MUSICALES

Ritual de lo inhabitual

La Orquesta de Cámara de Huesca volvió a sorprender en su Concierto de Año Nuevo

Luis Lles

EN 1990 el grupo norteamericano Jane's Addiction publicó *Ritual de lo habitual*, uno de sus discos más emblemáticos. Dándole la vuelta a este título, se podría afirmar que lo que viene ofreciendo desde hace ya bastantes años la Orquesta de Cámara de Huesca en su Concierto de Año Nuevo es algo que se podría definir como un Ritual de lo Inhabitual. Ritual, sí, porque este concierto se ha convertido ya en algo tradicional, un ritual que el público oscense espera cada año con ilusión. Pero es un ritual de lo inhabitual, porque lejos de acomodarse en el convencionalismo navideño, apuesta siempre por lo imprevisible y la capacidad de sorpresa. Ya su director anterior, el llorado y añorado Antonio Viñuales Gracia, inició esa vía aventurera, consistente en explorar diferentes repertorios sin establecer fronteras musicales. Y su hijo, el violinista solista y concertino Antonio Viñuales Pérez, que sin ejercer de director ha tomado las riendas de la Orquesta de Cámara de Huesca (OCH), no parece estar dispuesto a aminorar la marcha emprendida por su progenitor.

El día 30 de diciembre esta ya veterana formación oscense despedía 2019 y saludaba al Año Nuevo con un concierto de riesgo, sorprendente. Lo cual ya es, sin duda, marca de la casa. Porque, afortunadamente, nadie espera de la OCH un concierto previsible. Nadie se va a aburrir con la OCH. Con una iluminación muy descriptiva, a cargo de Javier Hernández, y una performativa puesta en escena, el inicio, que parecía inspirado en *El nombre de la rosa*, fue ya bastante impactante, con los músicos ataviados de monjes. Varios de los componentes del coro Ars Musicae interpretaron un austero canto gregoriano. Un *Dies Irae* al que siguió el momento quizá más rupturista de toda la velada, al intercalar partes del *Concerto Grosso* de Alfred Schnittke (siglo XX) en los intersticios del *Concerto Grosso Op. 6 n.º 8* de Corelli, compositor barroco del siglo XVII. Una colisión en toda regla, en la que la cálida y evocadora musicalidad barroca era de repente interceptada por el vibrante sonido de campanas tubulares y los elementos disruptivos de la música de Schnittke. Una fascinante combinación de seda y hierro.

Después, una niña interpretó con su violín la conocida melodía de *Campanita del lugar*, canción infantil navideña cuyo origen se sitúa en Francia a mediados del siglo XVIII, que sirvió de leitmotiv o hilo conductor de todo el concierto, repitiéndose después en varias



ROGER NAVARRO

La Orquesta de Cámara de Huesca en su concierto de Año Nuevo.

versiones. Las *Diez piezas para niños* de Bartok demostraron una vez más, con su frescura y su alegre variedad de tonos, la conexión de este compositor húngaro con el alma popular. Llegó el momento a continuación del lucimiento solista de un magnífico Antonio Viñuales Pérez, que lejos de un virtuosismo encorsetado, acometió *Obsesión*, de la *Sonata n.º 2 para violín solo* de Eugène Ysaÿe como si se tratara de un prodigioso puzzle hecho de pequeñas piezas que encajaron de forma mágica. Una pequeña y sutil delicatessen.

En la *Sonata Op. 2 n.º 5* la Orquesta de Cámara de Huesca sonó perfectamente ensamblada, mostrando quizá su faceta más clásica y brillando sobre todo en el Adagio y el Allegro final. Y, precedi-

do por una tenebrosa nueva versión de *Campanita del lugar*, interpretada con contrabajo y clave, llegó otro de los platos fuertes de la velada: nada menos que la banda sonora de *Psicosis*, la película que Hitchcock dirigió en 1960. Una verdadera obra maestra del genial compositor Bernard Herrmann, de una gran complejidad, a la que la OCH supo imprimir la fuerza y la tensión necesarias: desde ese magistral inicio, inquietante y amenazador, pasando por el desconcertante y chirriante sonido del tema *Asesinato*, hasta desembocar en su elegante adagio final. Y todo ello ilustrado con unos visuales en forma de nebulosa viscosa. La coda del concierto fue una versión orquestal de la *Campanita del lugar*. Y, como propina, la Orquesta y el Coro ofrecieron una jubilosa revisión del bonito mento jamaiicano *Banana Boat Song (Day-O)* que popularizó en los años 50 Harry Belafonte. Un divertido final para quitar hierro a la sombría banda sonora de Herrmann y saludar de forma alegre al Año Nuevo. Una brillante despedida de esta joven y competente Orquesta de Cámara de Huesca que arriesgó... ¡y ganó! Porque, no lo duden, el mundo es de los valientes. ●

Orquesta de Cámara de Huesca

Música clásica

Palacio de Congresos